

## Capítulo

### 1

Adrian supo que estaba muerto en cuanto se abrió la puerta. Podía verlo en los ojos —que rápidamente evitaban la mirada—, en los hombros ligeramente encorvados, en el aspecto nervioso y apresurado del médico, mientras atravesaba velozmente la habitación. Las únicas preguntas verdaderas que de inmediato le venían a la mente eran: *¿Cuánto tiempo tenía? ¿Cómo de malo iba a ser?*

Observaba mientras el neurólogo revisaba los resultados de las pruebas antes de escurrirse detrás de su gran mesa de roble. El médico se echó hacia atrás en su silla y luego se balanceó hacia delante, antes de levantar la vista y decir:

—Señor Thomas, los resultados de las pruebas eliminan la mayoría de los diagnósticos de rutina...

Adrian había esperado esto. Resonancia magnética. Electrocardiograma. Electroencefalograma. Sangre. Orina. Ultrasonido. Escaneo cerebral. Una batería de estudios de las funciones cognitivas. Habían pasado más de nueve meses desde que había notado por primera vez que se estaba olvidando de cosas que eran normalmente fáciles de recordar: una visita a la ferretería en la que se sorprendió a sí mismo ante las estanterías de bombillas eléctricas sin tener *la menor idea* de lo que iba a com-

prar; una vez, en la calle principal del pueblo, cuando se encontró con un compañero de trabajo y al instante olvidó el nombre de aquel hombre que había ocupado la oficina junto a la suya durante más de veinte años. También, un mes atrás, había pasado toda una tarde conversando tranquilamente con su esposa, muerta hacía mucho tiempo, en el cuarto de estar de la casa que habían compartido desde que se trasladaron a Massachusetts. Ella incluso se había sentado en la silla estilo Reina Ana, su favorita, tapizada y estampada con diseño de cachemira, ubicada cerca de la chimenea.

Cuando pudo reconocer con claridad lo que había pasado, tuvo la sospecha de que nada relacionado con la estructura de su cerebro iba a aparecer en los informes impresos de los ordenadores ni en una fotografía a color. Sin embargo, había pedido una cita urgente con su médico de cabecera, quien lo derivó de inmediato a un especialista. Respondió pacientemente a todas las preguntas y permitió que lo auscultaran, lo pincharan y le hicieran radiografías.

En aquellos primeros minutos, cuando se dio cuenta de que su esposa muerta había desaparecido de su vista, supuso simplemente que se estaba volviendo loco. Una manera sencilla y carente de rigor científico de definir la psicosis o la esquizofrenia. Pero lo cierto es que no se había sentido loco. Se había sentido realmente muy bien, como si las horas pasadas conversando con alguien que estaba muerto desde hacía tres años fueran algo rutinario. Habían hablado sobre su cada vez más profunda soledad y de las razones por las cuales debía dedicarse algún tiempo a enseñar gratuitamente en la universidad, a pesar de haberse jubilado después de que ella muriera. Hablaron de películas estrenadas últimamente, de libros interesantes y de si ese año debían tratar de escaparse a Cape Cod en junio, para descansar un par de semanas.

Sentado delante del neurólogo, pensó que había cometido un gran error al pensar siquiera por un segundo que la alucinación formaba parte de una enfermedad. Debía haber pensado

en ella como una ventaja. Estaba totalmente solo en ese momento y habría sido agradable volver a llenar su vida con las personas a quienes había querido alguna vez, sin considerar si todavía existían o no, sin importar el tiempo que hiciera que hubieran abandonado esta tierra.

—Sus síntomas indican...

No quería escuchar al médico, que tenía una expresión incómoda y penosa en el rostro y que era mucho más joven que él. Era injusto, pensó, que alguien tan joven fuera quien iba a decirle que iba a morir. Tenía que haber sido algún médico de pelo gris, con aspecto de dios y una voz sonora cargada de años de experiencia, no aquel hombre de voz aguda recién salido de la Facultad de Medicina que se balanceaba nerviosamente en su silla.

Odió el consultorio esterilizado e intensamente iluminado, con sus diplomas enmarcados y estanterías de madera llenas de textos médicos que seguro que el neurólogo nunca había abierto. Adrian sabía que el doctor era del tipo de hombre que prefería un par de clics rápidos en el teclado de un ordenador o en un Blackberry para encontrar información. Miró por la ventana, por encima del hombro del médico, y vio un cuervo posado sobre las ramas frondosas de un sauce cercano. Fue como si el médico estuviera parlotando en algún mundo distante del que él, en ese preciso momento, ya no era parte. Sólo una pequeña parte, quizá. Una parte insignificante. Por un instante imaginó que, en cambio, debía escuchar al cuervo, y luego sufrió un ataque de confusión, por el que creyó que el cuervo era quien le estaba hablando. Se dijo a sí mismo que eso era improbable, así que bajó los ojos y se esforzó por prestar atención al médico.

—... Lo siento, profesor Thomas —dijo el neurólogo lentamente. Elegía sus palabras con cuidado—. Creo que usted está sufriendo las progresivas etapas de una enfermedad relativamente rara llamada demencia de cuerpos de Lewy. ¿Sabe usted en qué consiste?

Lo sabía, vagamente. Había escuchado el término una o dos veces, aunque no podía recordar en ese momento dónde. Quizá uno de los otros miembros del Departamento de Psicología en la universidad lo había usado en una reunión del cuerpo docente tratando de justificar alguna investigación o quejándose de los procedimientos de solicitud de subvenciones. De todos modos, sacudió la cabeza. Era mejor escucharlo todo sin rodeos, de boca de alguien con más experiencia que él, aun cuando el médico fuera demasiado joven.

Las palabras cayeron en el espacio entre ellos como escombros de una explosión, ensuciando la superficie de la mesa: *Constante. Progresivo. Deterioro rápido. Alucinaciones. Pérdida de funciones corporales. Pérdida del razonamiento crítico. Pérdida de la memoria a corto plazo. Pérdida de la memoria a largo plazo.*

Y luego, finalmente, la sentencia de muerte:

—... Lamento tener que decirle esto, pero normalmente estamos hablando de cinco a siete años. Tal vez. Y creo que usted ha comenzando a sufrir el inicio de esta enfermedad... —el médico hizo una pausa y miró sus notas antes de continuar—... desde hace más de un año, así que ése sería el máximo. Y en muchos casos, las cosas avanzan más rápidamente...

Se produjo una pausa momentánea, seguida de un obsequioso:

—Si usted quiere una segunda opinión...

*¿Por qué, se preguntó, iba a querer escuchar malas noticias dos veces?*

Y luego llegó un golpe adicional y un tanto esperado:

—No hay ninguna cura. Hay medicamentos que pueden aliviar algunos de los síntomas, como los indicados para el alzhéimer, los antipsicóticos atípicos para tratar las visiones y las alucinaciones..., pero nada de esto es garantía de mejora y a menudo no ayudan realmente de manera significativa. Sin embargo, vale la pena probarlos para ver si sirven para prolongar el funcionamiento...

Adrian hizo una pequeña pausa antes de decir:

—Pero yo no me siento enfermo.

El neurólogo asintió con la cabeza.

—Eso, también, desafortunadamente, es característico. Para ser un hombre de sesenta y tantos años, usted está en excelente estado físico. Tiene el corazón de un hombre mucho más joven...

—Corro mucho y hago ejercicio...

—Bien, eso es bueno.

—¿Así que estoy lo suficientemente sano como para poder observar mi propia destrucción? ¿Como en un asiento en primera fila desde el que ver mi propia decadencia?

El neurólogo no respondió de inmediato.

—Sí... —dijo finalmente—. De todas formas algunos estudios muestran que haciendo muchos ejercicios mentales, además de seguir con una vida cotidiana activa y con ejercicio, se puede retrasar un poco el impacto sobre los lóbulos frontales, que es donde se encuentra localizada esta enfermedad.

Adrian asintió con la cabeza. Eso lo sabía. También sabía que los lóbulos frontales controlaban los procesos de toma de decisiones y la capacidad de comprender el mundo a su alrededor. Los lóbulos frontales eran las partes de su cerebro responsables de que él fuera quien era, y en ese momento iban a convertirlo en alguien muy diferente y probablemente irreconocible. De pronto no esperó seguir siendo Adrian Thomas por mucho más tiempo.

Ése fue el pensamiento que lo dominó, y dejó de oír al neurólogo hasta que escuchó:

—¿Tiene alguien que lo ayude? ¿Esposa? ¿Hijos? ¿Otros parientes? No va a pasar mucho tiempo antes de que empiece a necesitar un apoyo especial. A eso seguirá el control, las veinticuatro horas, de un centro de atención médica. En realidad debo hablar con esas personas muy pronto. Ayudarlos a entender lo que van a tener que atravesar...

El médico pronunció estas palabras mientras cogía el talonario de recetas y rápidamente empezó a escribir la lista de medicamentos.

Adrian sonrió.

—Tengo toda la ayuda que voy a necesitar precisamente en mi casa.

*La señora Ruger nueve milímetros semiautomática*, pensó. El arma estaba guardada en el primer cajón de la mesita de luz, junto a su cama. El cargador de trece proyectiles estaba lleno, pero sabía que iba a necesitar poner una sola bala en la recámara.

El doctor dijo algunas otras cosas sobre asistentes de salud de atención domiciliaria y pagos de seguro, poderes legales y testamentos, largos internamientos hospitalarios y la importancia de respetar todas las visitas al médico, de atenerse estrictamente a los medicamentos, que él no creía que pudieran disminuir la velocidad del desarrollo de la enfermedad, pero que debía tomar de todos modos. Adrian se dio cuenta de que ya no tenía ninguna necesidad real de seguir prestando atención.

\* \* \*

Encajada entre antiguas tierras de cultivo que habían sido convertidas en modernas casas tipo mansión, en las afueras del pequeño pueblo universitario de Adrian había un área de protección del medio ambiente, donde una reserva natural abarcaba una modesta colina que la gente del lugar llamaba montaña, pero que en realidad era un simple saliente topográfico. Había un sendero para caminar que subía al monte Pólux y que serpenteaba a través de los bosques antes de aparecer en un mirador que daba al valle. Siempre le había molestado que no hubiera un monte Cástor cerca del monte Pólux, y se preguntaba quién habría bautizado la colina de manera tan pretenciosa. Sospechaba que habría sido algún académico de un cuer-

po docente de hacía doscientos años que usaba trajes negros de lana y cuellos blancos almidonados para inculcar una educación clásica en los estudiantes matriculados en la universidad. De todas maneras, dejando aparte sus cuestionamientos acerca del nombre y la exactitud en general del título honorífico de «monte», seguía disfrutándolo a pesar del paso de los años. Era un sitio tranquilo, muy amado por los perros del pueblo, ya que allí eran liberados de sus correas. Y un lugar donde él podía estar solo con sus pensamientos.

Estacionó su viejo Volvo en un espacio en la base del sendero y empezó la excursión a pie. Normalmente se habría puesto botas para protegerse del barro de principios de primavera, y pensó que seguramente iba a arruinar sus zapatos. Se dijo que ya no importaba demasiado.

La tarde se iba desvaneciendo a su alrededor y podía sentir una caricia de frío por la espalda. No estaba vestido para una caminata y las sigilosas sombras de Nueva Inglaterra llevaban cada una consigo un soplo sobrante del invierno. Lo mismo que con sus zapatos, que se empapaban con rapidez, hizo caso omiso del frío.

No había nadie más en el sendero. Ningún perro golden retriever lanzándose por entre los arbustos bajos en busca de algún olor especial. Sólo Adrian, sin compañía, caminando con paso regular. Estaba feliz por esa soledad. Tenía la extraña idea de que si llegaba a encontrarse con otra persona se habría sentido obligado a decirle: *Tengo una enfermedad de la que usted nunca ha oído hablar y que va a matarme, pero antes me va a desgastar hasta convertirme en nada.*

Por lo menos con el cáncer, pensó, o las enfermedades cardíacas, uno podía seguir siendo quien era todo el tiempo, mientras el mal lo iba matando. Estaba enfadado y quería golpear, dar una patada a algo; en cambio sólo caminaba cuesta arriba. Escuchaba su respiración. Era estable. Normal. De ninguna manera alterada. Habría preferido con mucho un sonido tortuoso, áspero, algo que le dijera que era un enfermo terminal.

Así y todo, le llevó unos treinta minutos llegar a la cima. La luz del sol que quedaba se filtraba por encima de algunas colinas en el oeste. Se sentó sobre una roca de esquisto de la Edad de Hielo que se alzaba sobre el suelo y se quedó mirando hacia el valle. Las primeras señales de la primavera de Nueva Inglaterra estaban ya bastante avanzadas. Podía ver flores tempranas, principalmente azafranes amarillos y púrpuras que asomaban sobre la tierra húmeda, y un toque de verde sobre los árboles que comenzaban a echar brotes y oscurecían sus ramas como las mejillas de un hombre que no se ha afeitado en uno o dos días. Una bandada de gansos canadienses cruzó el aire por encima de él, volando en forma de V, rumbo al norte. Su ronco graznido resonaba en el cielo azul pálido. Todo era tan claramente normal que se sentía un poco estúpido, porque lo que estaba ocurriendo dentro de él parecía estar mal sincronizado con el resto del mundo.

En la distancia podía distinguir los chapiteles de la iglesia en el centro del campus de la universidad. El equipo de béisbol estaría fuera, trabajando en las jaulas de bateo porque el campo de juego todavía estaba cubierto con una lona impermeable. Su oficina había estado bastante cerca, de modo que cuando abría la ventana en las tardes de primavera, podía escuchar los ruidos distantes del bate contra la pelota. Al igual que algún petirrojo buscando gusanos en los rincones, aquello había sido una señal de bienvenida después del largo invierno.

Adrian respiró hondo.

*Vete a casa*, ordenó en voz alta. *Dispárate una bala ahora, mientras todas estas cosas que te dieron placer siguen siendo reales. Porque la enfermedad se las va a llevar.* Siempre se había considerado a sí mismo una persona decidida y recibió bien esa fuerte insistencia en suicidarse. Intentó buscar argumentos para una postergación, pero nada le vino a la mente.

*Tal vez*, se dijo, *simplemente quédate aquí mismo.* Era un sitio agradable. Uno de sus favoritos. Un lugar muy bueno



para morir. Se preguntó si por la noche la temperatura bajaría lo suficiente como para hacerle morir congelado. Lo dudaba. Imaginó que sólo pasaría una noche desagradable temblando y tosiendo, y que viviría para ver salir el sol, lo cual sería bastante vergonzoso, dado que era la única persona en todo el mundo que iba a considerar el amanecer como un fracaso.

Adrian sacudió la cabeza. *Mira a tu alrededor*, se dijo a sí mismo. *Recuerda lo que valga la pena recordar. Ignora el resto*. Se miró los zapatos. Estaban llenos de barro y totalmente empapados, y se preguntaba por qué no podía sentir la humedad en los dedos de los pies.

*No más demoras*, insistió. Adrian se puso de pie y se sacudió un poco el polvo de esquisto de los pantalones. Podía ver las sombras que se filtraban a través de los arbustos y los árboles mientras el sendero que bajaba de la montaña se iba oscureciendo a cada segundo que pasaba.

Se dio la vuelta para mirar el valle. *Allí era donde yo enseñaba. Allá es donde vivíamos*. Deseó poder ver todo el camino hasta el apartamento en Nueva York donde conoció a su esposa y se enamoró por primera vez, pero no se podía. Deseó poder ver los sitios de su infancia y los lugares que recordaba de su juventud. Deseó poder ver la Rue Madeleine en París y el bistró de la esquina donde él y su esposa habían tomado café todas las mañanas durante los años sabáticos, o el Hotel Savoy en Berlín; se habían alojado en la suite Marlene Dietrich cuando había sido invitado a dar un discurso en el Institut für Psychologie y fue donde concibieron a su único hijo. Se esforzó mucho mirando hacia el este, hacia la casa sobre el cabo, donde había pasado los veranos desde su juventud, y las playas donde había aprendido a lanzar una mosca a las lubinas estriadas o a cualquiera de las truchas en los arroyos de la zona, por donde había caminado en medio de rocas antiguas y aguas que parecían estar llenas de energía.

*Mucho para para echar de menos*, pensó. *No puedo evitarlo*. Se apartó de lo que podía y de lo que no podía ver y empezó

a descender por el sendero. Lentamente fue entrando en la creciente oscuridad.

\* \* \*

Estaba a sólo un par de calles de su casa, atravesando las hileras de modestas casas de clase media, hogares de madera blanca ocupados por una ecléctica colección de profesores de otra universidad y gente del lugar, empleados de la compañía de seguros, dentistas, escritores por cuenta propia, instructores de yoga y entrenadores que componían su vecindario, cuando descubrió a la chica que andaba por la acera.

Normalmente no habría prestado mucha atención, pero había algo en la manera resuelta con que esa chica caminaba que le sorprendió. Parecía llena de determinación. Tenía el pelo rubio grisáceo recogido debajo de una gorra de los Boston Red Sox, y pudo ver que su abrigo oscuro estaba roto en un par de lugares, al igual que sus vaqueros. Lo que más llamó su atención fue la mochila, que parecía repleta de ropa. En un primer momento pensó que simplemente se dirigía hacia su casa después de bajar del último autobús del instituto de enseñanza secundaria, el autobús que llevaba a los alumnos que se tenían que quedar más tiempo en la escuela por razones disciplinarias. Pero vio que atado a la mochila había un enorme oso de peluche, y no pudo imaginar por qué alguien iba a llevar un juguete tan infantil al instituto. Eso la habría convertido de inmediato en objeto de burlas.

La miró a la cara cuando pasó junto a ella. Era joven, casi una niña, pero hermosa en la manera en que lo son todas las niñas al borde del cambio, o al menos eso pensó Adrian. Le pareció que la chica —tendría unos quince o dieciséis años, ya no podía calcular con precisión la edad de los jóvenes— daba muestras de una resolución que manifestaba algo más. Esa mirada lo fascinó, picó su curiosidad.